

ver en una bolsa de plástico, lo echan en el río y luego se van, aburridos, a tomar un cafecito; en otros boliches, gente sucia y aturdida de caña truncan con un «fostró» los recuerdos nostálgicos de D'Arcangelo acerca de la honestidad de antaño. Concomitantemente, el sistema pandemónico atrae a su servicio nuevas fuerzas: la frivolidad, la traición de sí mismo, la farsa arrogante. En lujosas *boutiques*, la condesa Teleki née Iturria, alias «Marica», lista para cualquier eventualidad, declara terminantemente: «Si se viene el comunismo, me voy a la estancia y se acabó.» Los escritores se prostituían exitosamente en conferencias mundanas, en salones de embajadas o en la televisión, asegurándose cada uno a sí mismo: «Tengo vergüenza; por lo tanto, existo», para el aplastante desdén de los jóvenes revolucionarios de café, los cuales, en vez de empuñar un fusil, empuñan una pluma y destruyen en bloque místicos como Dante, reaccionarios como Beethoven, asnos como Kant. En Pandemonium tienen amplios sitios, reservados, el sexo con aberraciones deportivamente homologadas y el progreso técnico demostrado por el Banco de Organos comprados y conservados con miras al trasplante y con el efecto de crear nuevas identidades, pues cuando John Smith recibe el corazón de Schwarzer, los riñones de Nancy Henderson, los ojos de Nick Minelli, etc., la persona (?) deberá llamarse Smith and Company Incorporated, Inki para los íntimos.

El Pandemonium no se contenta empero con todo eso. Se extiende sobre la teología y rehace de modo palpitante la protohistoria. Un profesor que mide un metro cincuenta y anda con paso saltarín, de pájaro, explica con rigor lógico y abundancia de pormenores que Jehová era en realidad Satanás, y éste, derrumbado y sustituyéndose a Dios, se ha disfrazado de Dios y gobierna el mundo, mientras el verdadero Dios yace en el infierno, escarnecido, bajo el nombre de Satanás. Por lo cual los secuaces del Príncipe de las Tinieblas han destruido, a principios de la historia, una civilización resplandeciente, fundada por extraterrestres, en el desierto de Gobi, y han provocado allá una explosión atómica, de la cual se han salvado, sin embargo, pocos arios, pervertidos un poco más tarde por otro agente pandemónico, llamado Hitler.

Conducen, vigilan y mandan en esta zarabanda los dignatarios de las fuerzas maléficas, la Secta de los Ciegos, es decir, los que no sólo no ven, sino tampoco pueden ser vistos. Nos permitimos añadir esta última característica porque, si es preciso, no ver al hombre para poder aplastarlo hace falta quedar invisible para detentar el poder absoluto. Los simples ciegos de la calle son una pobre metáfora, un astuto artilugio.

Al caer la noche, Pandemonium se prepara para el holocausto, que espera y anhela; se vuelve estado apocalíptico. Llegan primeramente los sueños tremendos y monstruosos, pero deseados. Cada pandemoniano reza: «Nuestra pesadilla de todos los días dánosla esta noche.» Paralelamente empiezan los viajes al horror hiperbólico, el camino hacia *dies irae*, «aquel día, día de la cólera, que consumirá todo por el fuego». Fernando y Sábato personaje emprenden esta investigación del mal: el primero, con placer y orgullo luciféricos; el segundo, con dolor y dignidad humana, arrastrado por el siniestro y fatal R. ¿Podría encarnar este enigmático personaje el remordimiento, el rencor, la resolución del creador de asumir efectivamente el drama de sus hechuras? Sea como fuere, en *Abaddón, el exterminador* el horror es elevado al cuadrado: la metamorfosis de Sábato personaje en murciélago ya no es percibida por los demás. La monstruosidad llega a ser estado normal. Es el horror de no sentir más el horror. Esto supera a Kafka, y diríase que ni siquiera las llamas del apocalipsis podrían quemarlo. ¿Habrá descubierto Sábato la forma suprema, ignífuga, del mal? Entonces sería obvio que hay varias clases del apocalipsis.

Ante los apocalipsis literarios, no es fácil para un crítico conservar el coraje de las clasificaciones. No obstante ello, me atrevo a creer en la necesidad de establecer dos correlaciones que prueban el poder de imaginación que patentiza Sábato al abarcar el *dies irae*. Aludo, por un lado, al dual por él establecido entre estado preapocalíptico y estado posapocalíptico, y, por otro, a la diferencia entre el apocalipsis como amenaza profética y el apocalipsis como acto cumplido. Entre ellos la relación no es lógica, sino artística; ellos no se presentan como los términos de un silogismo, sino como los elementos de un cuadro asombroso y delirante, puesto que —observa el autor— la falta de coherencia es un privilegio de lo nocturno y, por consiguiente, de su imagen artística.

Hemos visto que el proceso de exacerbación del mal y los mecanismos del hibris llegan a un Pandemonium dentro del cual el mundo parece «una joda de tamaño sideral», una obra infausta de un Dios incapaz, adormilado, pérfido o, peor, inexistente. Este es el estado preapocalíptico que anuncia la inminente destrucción por «el principio sagrado del fuego».

Si en el estado preapocalíptico el castigo anonadador se sitúa en el porvenir y queda tremendamente visible, en el posapocalíptico el castigo ha tenido lugar en el pasado, quizá en los comienzos del tiempo, y ahora es invisible, imperceptible. En esta última perspectiva, el apocalipsis concebido por Sábato supera todo lo pensado e imagina-

do sobre este tema, porque en todos los casos anteriores el apocalipsis significaba la muerte castigadora de unos hombres vivos, mientras que en el posapocalipsis el infierno se halla instalado desde hace tiempo, los hombres están muertos sin saberlo, de modo que un holocausto sería ridículo: mataría cadáveres. El estado posapocalíptico no se materializa propiamente dicho en el cuerpo narrativo; queda un ejercicio de teodicea, una hipótesis entre estrafalaria y escalofriante, expuesta por un personaje extraño, de atributos asmodeicos.

En cambio, la amenaza del apocalipsis entra en *Sobre héroes y tumbas* de modo tangible, como profecía concreta, y en *Abaddón, el exterminador* forma incluso el cuadro significativo que abre y termina la narración. En ambas novelas, el heraldo de la amenaza es un loco borracho, Barragán, mísero visionario en que, acaso, se ha encarnado, muy a modo de Sábato, el espíritu de salvación.

Y de nuevo, ahora más nítidamente, vio el dragón cubriendo el firmamento de la madrugada como una furiosa serpiente que flameaba en el abismo de tinta china (...). Por fin se decidió a abrir los ojos y levantarlos: sí, ahí estaba, lanzando fuego por sus narices, con ojos de sangre, revelando una furia silenciosa, que por eso resultaba más temible: como si alguien nos amenazara en la soledad y en un silencio absoluto, sin que ningún otro pudiese advertir el tremendo peligro (*Abaddón, el exterminador*, páginas 12 y 496).

El apocalipsis, como *acto efectivo*, purificador, desempeña el papel decisivo en el fin fatídico de Alejandra y Fernando, que perecen en un doble incendio, interior y exterior. Su realización artística estriba en la idea más aseQUIBLE de expiación del mal, de expulsión de los demonios. Aquí se revela otra faceta de la soteriología sabatiana, la trágica: la purificación es posible, pero ella conlleva, las más de las veces, la destrucción, la muerte.

¡Qué lejos nos hallamos de los mansos fantasmas del mal en el pasado: la ignorancia (Sócrates), la imperfección (Leibniz) o la contradicción (Kant)!

INSULAE FORTUNATAE

Dados el mal exacerbado y proliferante, el híbris invasor y el horror al segundo grado, ¿qué soteriología cabría haber? Indudablemente, sólo una, fundamentada en lo absoluto y armada con los medios supremos de la esperanza y la catarsis. Sábato logra esta superación y aún más, porque su doctrina de la salvación aúna la grandeza y la

ternura. El auge es posible debido a la originalidad de su soteriología, que se sitúa no sólo *más allá* del mal, cuando lo enfrenta heroicamente, sino también *más acá* del mal, en los momentos de modesta paz e incencia, que el autor incrusta de vez en cuando en la vida cotidiana. *Las Insulae Fortunatae*. En el vasto torbellino del mundo, ellas son fragmentos pequeños y perecederos, que dejan, sin embargo, constancia de que el estado de gracia antes del pecado y la caída no han desaparecido por completo, y el hombre, merced a estas islas, es capaz de entrever, por un instante, la eternidad. Por ende, se relacionan ellas también con la condición humana, pero lo hacen de una manera graciosa e infantil, como una especie de magia benigna. La primera isla es, pues, la evocación de la infancia. La recordamos:

y entonces recordamos un árbol, la cara de algún amigo, un perro, un camino polvoriento en la siesta del verano, con su rumor de chicharras, un arroyito. Cosas así. No grandes cosas, sino pequeñas y modestísimas... (*Sobre héroes y tumbas*, p. 195).

En otra isla—que se halla en el atormentado amor de Martín y Alejandra—, la felicidad se da igualmente en momentos, en frágiles pedacitos.

...había tenido instantes de tranquilidad y de paz, si no de felicidad; pues recordaba tardes de apacible belleza, frases cariñosas y tontas que se dicen en tales ocasiones, pequeños gestos de ternura y bromas amables (*Sobre héroes y tumbas*, p. 128).

La tercera isla—la de la amistad—reúne habitualmente la honesta y bondadosa sencillez de un hombre maduro y el asombro deseoso de saber de un niño o de un adolescente. De este modo, son los «diálogo» de D'Arcangelo con Martín o los de Carlucho con un Nacho de ocho años; ellos favorecen un delicado lirismo y unos encantadores efectos de estampa en la evocación de un antaño cuando había menos ciencia, pero más bondad, y del cual han quedado fotos de equipos de fútbol, discos usados y muchos, límpidos, recuerdos humanos. Por la primera vez, la mordacidad—de costumbre terrible—del autor deviene ironía afectuosa, sonriente.

El sentido más puro y a la vez más «balsámico» lo detenta la isla de Hortensia Paz, la humilde mujer del pueblo que salva a Martín cuando éste era presa de la desesperanza y el delirio, después del suicidio de Alejandra. Se trata ahora de una tierra más firme, que no flota en el océano de la memoria, ni forma un refugio provi-